

F. Martínez – R. Aguirre – J. Vitoria – R. Casas y S. Cano, *Jesucristo hoy*, Ed. Khaf, Madrid 2014, 179 p.

En este libro se recogen las ponencias de la *Lectura creyente* celebradas en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid durante el Año Académico 2013-2014.

Esta vez el tema central fue la figura de Jesucristo y su significatividad para los hombres y mujeres de hoy. Obviamente la persona de Jesús de Nazaret sigue suscitando el interés de mucha gente, sea creyentes como no creyentes. Estos encuentran en ese personaje histórico una fuente de sentido para sus vidas. Ven en Jesús un modelo excelente de ser humano, el prototipo y arquetipo del ser humano. Resuena aquí el Jesús de la teología liberal, y el Jesús de la Ilustración. Por eso, se resisten a aceptar que Jesús de Nazaret sea propiedad de los creyentes, que quede atrapado en los dogmas del credo cristiano. Piden que se les “devuelva a Jesús”. Piensan legítimamente que Jesús no es propiedad de las Iglesias cristianas. Lo consideran “patrimonio de la humanidad”.

Los creyentes, por su parte, se felicitan de este interés que suscita Jesús más allá de las Iglesias cristianas. La mayoría no tienen inconveniente en liberar a Jesús de los rígidos esquemas de dogmas, para que aparezca su humanidad en todo su esplendor. Así puede convertirse en fuente de sentido y de humanización también para los no creyentes.

Pero los cristianos –nos recuerda Felicísimo Martínez en su artículo– no pueden renunciar a lo más específico de nuestra fe: confesamos en nuestro Credo que Jesús es el Dios humanado, la humanización de Dios, la encarnación de Dios. Esta confesión de fe no resta en absoluto ninguna importancia a la riqueza humana de Jesús de Nazaret.

Ciertamente en Jesús de Nazaret se ha revelado lo más genuino de Dios y del plan salvífico de Dios para la humanidad. Renunciar a

esta confesión de fe significa recortar demasiado la vida y misión de Jesús. Pero, sobre todo, significa, ignorar de raíz lo más específico de la fe cristiana.

Para el biblista Rafael Aguirre, es primordial destacar a la hora de hablar de Jesús el necesario estudio histórico de su persona, al margen de preocupaciones confesionales. No es que la distancia entre Jesús y la imagen de él proyectada por la Iglesia haya dejado de ser un problema y, a veces, un escándalo. De la misma forma que reivindicamos que la Biblia y los evangelios no son monopolio de la Iglesia, sino que son patrimonio de la humanidad, lo mismo hay que decir de Jesucristo. De la misma forma que reivindicamos que la Biblia y los evangelios no son monopolio de la Iglesia, sino que son patrimonio de la humanidad, lo mismo hay que decir de Jesucristo. La figura de Jesús es necesario saberla presentar para nuestros tiempos y requiere hacerlo como una figura histórica estudiada con rigor. En el debate de la cultura profana no podemos limitarnos, ni tampoco empezar, por la presentación del Jesús narrado de los evangelios. Si queremos hablar de Jesús en la sociedad laica, sin encerrarlo en ambientes eclesiales, es necesario la búsqueda histórica y sin afán apologético.

El teólogo Javier Vitoria reflexiona sobre Jesucristo en una sociedad secularizada y multirreligiosa. Afirma que nos encontramos con la aparente paradoja de una sociedad fuertemente secularizada y, al mismo tiempo, con una pluralidad de creencias.

Contra todos los pronósticos de ayer mismo, los diversos escenarios de la ciudad secular se han convertido en un espacio de “rumores de ángeles” (P. Berger), que ofrecen productos religiosos.

“El nosotros creemos” también en la católica España pertenece más al lenguaje del consumidor que al lenguaje del testimonio y menos al del martirio. Hoy también se da formas no religiosas de místicas. Otros desplazan lo sagrado y transfieren sacralidad y capacidad de dotar de sentido integrador a la vida humana a ámbitos anteriormente profanos (el cuerpo, la naturaleza, la música etc...), que hacen competencia a la religión.

Finalmente están las idolatrías. Pero la idolatría no es algo que pertenezca al pasado. No son pocas las voces que consideran el “capitalismo” como una de las máximas referencias religiosas de la cultura occidental de nuestro tiempo. “Si el capitalismo es una religión, el dinero es dios”.

Sin embargo la propuesta de Jesús de Nazaret tiene una gran capacidad de dotes de sentido a la vida humana. Pero no corramos

el riesgo de comprender las religiones o el cristianismo particularmente como fuentes exclusivas de sentido. No caemos en la cuenta de que en nuestros días ha convertido la religión en una provincia de sentido junto a otras. No podemos cometer el error de hacer de Dios el funcionario del sentido, como si solo Él fuera la última y única clave del sentido. No conviene “acaparar el cielo” (Sal 72, 9).

El sentido no sustituye a Dios y Dios tampoco sustituye al sentido. En un caso y en otro se perjudicaría al sentido, corriendo el riesgo de alienarlo, y se perjudicaría a Dios, rediciéndole a una función. Al mismo tiempo, y en ambos casos, se dañaría al hombre (A. Gesché).

La propuesta de Jesús de Nazaret necesita para ser relevante en la sociedad actual que sus discípulos escriban hoy y comunitariamente muchos “quintos evangelios”. No basta que los teólogos elaboren buenas cristologías. Necesitan que los cristianos nos “hagamos cristología”.

Para la profesora Silvia Martínez Cano, “otro mundo es posible desde Jesús”, en la medida que al igual que Jesús, sus seguidores rompan con los moldes de la sociedad religiosa de su tiempo para situar en su lugar la dignidad de los excluidos (Mc 2, 27). Jesús optó por abandonar el formato patriarcal y jerárquicos de relaciones sociales (padre/hijos, hombre/mujer etc..). El mensaje, que es su vida, es más importante que perpetuar una serie de usos sociales y justificaciones religiosas. Como otros antes que él (Am 1, 1; Jer 1, 1-18) la Palabra de Dios le hace asumir una nueva forma de vida, que no pocas veces descoloca a la gente que le conoce.

Apostar por ser profetas de nuestro tiempo es ser fieles al mensaje y la seducción de Jesús. Esta acción supone ser consciente de la capacidad que anida en nosotros de ser voz que transforma, es decir empoderarse en la acción transformadora de la realidad. Dos acciones definen el empoderamiento en el seguimiento de Jesús: salir al encuentro al modo del Padre Bueno del hijo pródigo, tocar el corazón como hace Jesús.

Finalmente, el teólogo Roberto Casas nos propone algunas claves que pueden ayudar a orientar las iniciativas dirigidas a hacer significativo a Jesús para los jóvenes de hoy.

La primera condición para que Jesucristo pueda llegar a los jóvenes como su salvador es que experimenten, de alguna manera, la necesidad de ser salvados. Sin algún tipo de autoconciencia de hallarnos hundidos e incapaces de salir por nosotros mismos, es imposible abrirse a la experiencia de encuentro con Jesucristo, que para lo único que viene es para salvarnos.

Por otra parte, es primordial que alguien exprese su experiencia de encuentro con el Dios salvador en Jesucristo, porque sin una comunicación de esa experiencia, nunca será posible que se llegue a considerar la posibilidad de que esa salvación que tanto buscamos y que siempre se nos escapa, pueda estar a nuestro alcance en Cristo. Es necesario que las comunidades cristianas expresen su experiencia de salvación.

Sin embargo, constatamos que existen tímidos intentos de proclamar a Jesús como salvador desde el horizonte salvífico de los jóvenes de hoy, usando sobre todo un lenguaje simbólico que haga comprensible la salvación para ellos.

Juan Pablo García Maestro

J. L. Segovia – A. Ávila – J. Martín Velasco – J. A. Pagola, *Evangelii Gaudium y los desafíos pastorales para la Iglesia*, Ed. PPC, Madrid 2014, 164 pp.

En este libro se recogen las ponencias pronunciadas con motivo de la publicación de la *Evangelii Gaudium* del papa Francisco y de la jornada “Conversaciones PPC” que el pasado 7 de mayo celebró el editorial PPC, en colaboración con el Instituto Superior de Pastoral de Madrid, en el auditorio “Ángel Herrera”, de la Fundación Pablo VI.

Los cuatro artículos tienen un denominador común: los desafíos pastorales a los que se enfrenta la Iglesia española –y universal– en nuestros días. Esos desafíos vienen de la situación socio-religiosa que vive nuestro país, de la crisis que golpea a las clases medias y a los más desfavorecidos, de la increencia que se extiende como una mancha de aceite por todos los tejidos de la sociedad. Pero desafíos que también proceden de una nueva primavera eclesial que tiene, si no su epicentro, sí al menos su inspirador en el papa Francisco, en su magisterio, gestos y sus declaraciones, que han desconcertado desde el inicio de su pontificado a creyentes y no creyentes.

Se trata de un papa latinoamericano, buen conocedor de los rigores que causan la pobreza y la exclusión social, como muy bien afirma José Luis Segovia en su artículo.

Durante varias décadas, el olvido del ver y la omisión sistemática de la realidad han llevado a diseñar planes pastorales y a formular programaciones y proyectos sobre la arena movediza de una realidad inexistente.

Además de rescatar la metodología del ver, juzgar y actuar, desarrollado por los movimientos apostólicos de la acción católica y recogida en la encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII, el papa Francisco realiza en la exhortación apostólica un verdadero de teología pastoral *in fieri*. Las huellas de la inductividad son tan incontestables como su profundidad teológica. No se trata de quedarse en el mero dato estadístico, económico o sociológico. El método invita a una lectura creyente que haga caer en la cuenta del paso de Dios por la historia, de su presencia en el clamor de los pobres o de su ausencia en las estructuras de pecado y de muerte (pp. 18-19).

Antonio Ávila, profesor en el ISP, cuestiona en su artículo si la reforma de la Iglesia es un programa para el actual pontificado. ¿En qué consiste esa reforma? ¿Tiene esta reforma algún futuro?

El papa Francisco es consciente de la importancia que para la reforma de la Iglesia tienen la conversión de cada uno de los creyentes. A lo largo de toda la exhortación nos invita a todos a no caer en las tentaciones a las que nos vemos sometidos y a potenciar las actitudes auténticamente evangélicas (EG 79-109). Pero, dicho esto, el papa sostiene que la reforma va más allá de la conversión pastoral, y que son necesarias reformas también de las estructuras.

La piedra angular sobre la que se construye el proyecto del actual pontificado y la propuesta de reforma es la “conversión pastoral”. La comprensión de la Iglesia como una comunidad de discípulos misioneros que se involucran (EG 24; 97).

“Sobre la conversión pastoral quisiera recordar que “pastoral” no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia. La Iglesia la da a luz, amamanta, hacer crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano.. Se requiere, pues, una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de “heridos” que necesitan comprensión, perdón y amor” (Papa Francisco, “Encuentro con el episcopado brasileño. Jornada Mundial de la Juventud”).

La reforma de la Iglesia no se puede reducir a la conversión personal de los fieles, sino que son necesarias reformas estructurales de fondo; pero es verdad que a lo largo de la historia, en los momentos de reforma, el Espíritu ha suscitado hombres y mujeres capaces de llevar a cabo esta reforma. No somos nosotros los que podemos programar al Espíritu su forma de actuar, pero sí podemos confiar en que él, que no abandona a su Iglesia, sigue suscitando los reformadores que hoy necesita.

Juan Martín Velasco reflexiona sobre “los desafíos a la misión en la *Evangelii Gaudium*”. En el análisis sobre el problema de la evangelización y ante la constatación de los fracasos de los muchos proyectos propuestos hasta ahora, Martín Velasco alude como causa importante, tal vez decisiva, a la crisis de Dios en el interior de las propias comunidades cristianas. No conseguimos poner a las comunidades cristianas en estado de misión, no evangelizamos, porque nosotros mismos no estamos verdaderamente evangelizados.

La evangelización a la que nos invita el papa Francisco solo puede surgir de la doble raíz de la que nace toda la vida cristiana: la mística del encuentro personal de quien ha sido cautivado por el Señor y busca ocasiones y dedica momentos a rehacer la experiencia que lo ha provocado, y el compromiso social en la que vive; dos aspectos de la misma actitud que mantienen una relación estrecha y se alimentan mutuamente, superando tantos dualismos manos o menos conscientes que con frecuencia han distorsionado la espiritualidad cristiana. Porque el amor de Dios abre al sujeto y lo lanza a los otros; y el amor a la gente es fuerza espiritual que facilita el encuentro con Dios; porque cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás, ampliando nuestro interior para recibir los más hermosos regalos de Dios; y cuando se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios. La evangelización así vivida, no es cosa añadida a la existencia del evangelizador (p. 141).

Finalmente, el biblista José Antonio Pagola reflexiona sobre el desafío de la renovación evangélica de la Iglesia. El papa Francisco proclama desde el inicio de la exhortación EG que Jesucristo es el que puede introducir en la Iglesia el dinamismo renovador de la Iglesia que necesitamos. Jesús de Nazaret, con su verdad, “es el que puede renovar nuestra vida y nuestra comunidad, y aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana no envejece. Jesucristo puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y sorprendernos con su constante creatividad divina” (EG 22).

Lo primero que necesitamos en nuestras parroquias y comunidades cristianas es poner en marcha procesos sencillos, encaminados a conocer mejor a Jesús y a reavivar nuestra adhesión a su persona. Necesitamos comunidades donde se pueda vivir una experiencia nueva de Jesús.

¿No ha llegado el momento de instaurar un nuevo estatus del Evangelio para ponerlo decididamente en el centro de las

comunidades cristianas? El Evangelio es, en todo tiempo, el principio de toda la vida para la Iglesia (*Lumen Gentium* 20).

Juan Pablo García Maestro

Juan Pablo García Maestro, *La Iglesia en el umbral del siglo XXI*, Ed. Khaf, Madrid 2013, 120 pp.

En su obra "The human condition", Hannah Arendt sostiene que la crisis del cristianismo no se debe ni al ateísmo del siglo XVIII ni al materialismo del siglo XIX– que ella califica de bastante vulgares y fáciles de rebatir por la teología–, sino que se origina en el propio seno del hombre religioso, un fenómeno del que Pascal y Kierkegaard constituyen los ejemplos más elocuentes. Aunque las cosas no son tan simples como la ilustre filósofa y politóloga judía da a entender, su argumentación contiene una gran parte de verdad.

En el fondo, aunque partiendo de otros supuestos y factores biográficos, el texto elaborado por Juan Pablo García Maestro sobre la Iglesia se plantea el mismo problema, que formulado en términos escuetos equivale a preguntarse si la situación crítica que atraviesa la Iglesia se debe a causas exógenas o endógenas. El teólogo vallisoletano adjudica claramente la prioridad a estas últimas. "El enemigo no está fuera, está dentro de la misma Iglesia", escribe en una de sus muchas frases reveladoras.

"Es bueno que la vida contenga fases de adversidad, ya que con ellas llega la hora del coraje y del valor", escribía Sénancour en su "Obermann", uno de los libros de cabecera de nuestro Unamuno. Lo que el gran escritor dijo de sí mismo y del hombre en general, es válido también para las instituciones. ¿Ha sabido la Iglesia afrontar el proceso de adversidad que vive desde hace tiempo con la valentía de que hablaba Sénancour? En algunos casos sí, pero en conjunto no. Esa es la razón de que a la fase creadora y ascendente del Concilio Vaticano II haya seguido una fase más bien estéril y descendente.

El objetivo del libro es precisamente el de recordar las raíces del mensaje de Cristo para trascender, a partir de este acto anamnético o toma de conciencia, la aporía que tiene inmovilizada a la Iglesia. De ahí que dedique una buena parte de su proceso de reflexión a explicar lo que fue y significó Jesús, la Iglesia de los primeros siglos y el mensaje evangélico. De este trasfondo histórico-doctrinal subraya sobre todo su dimensión comunitaria, la cual debe constituir, a su

juicio, el punto arquimediano en que debe apoyarse un cristianismo fiel a sus raíces. “¿No será hacia la creación de comunidades hacia donde tendrán que apuntar nuestros objetivos pastorales?”, se pregunta saliendo al paso del individualismo insolidario imperante en la sociedad de consumo y de una eclesiología exenta de lazos profundos entre el clero y los feligreses, en vez de que cada parroquia sea, como él indica, “comunidad de comunidades”. Señalemos al paso que esta concepción coincide plenamente con el modelo comunitarista que el filósofo judío Martín Buber expuso en su obra “Senderos de Utopía” como alternativa al capitalismo y el socialismo autoritario, un ejemplo más de lo cerca que a menudo están concepciones procedentes de distintas ideologías, credos religiosos o cosmovisiones.

El autor no deja tampoco de constatar la estructura abierta de las primeras comunidades de creyentes y el trato de fundamental igualdad que prevalecía entre ellos, una tradición que le permite afirmar: “El *ethos* cristiano se basa en la igualdad y la fraternidad”. No menor es el espacio que dedica a analizar la relación entre clero y laicado. En consonancia con su línea aperturista y renovadora, critica el papel subalterno que desempeña hoy el laicado y se pronuncia por un mayor protagonismo de sus miembros y por una estrecha colaboración entre ambos sectores, sin que ello signifique que su respectiva labor tenga que ser la misma. “Se ha dicho que el Concilio Vaticano I fue el concilio del Papa; el segundo ha sido el de los obispos, y nada impide que el tercero sea, finalmente, el de los laicos”, escribe de cara al futuro.

Quien esté minimamente familiarizado con la teología de Juan Pablo García Maestro no se sorprenderá de su reivindicación de la mujer como parte esencial de la Iglesia y de su derecho a asumir las mismas funciones reservadas hoy al varón. ¿Cómo no recordar en este contexto la profunda vinculación de Jesucristo con la mujer, el papel callado pero preeminente que ésta jugó en la hora estelar del cristianismo? ¿O cómo olvidar a las insignes e innumerables figuras femeninas que la historia universal ha dado tanto dentro como fuera de la Iglesia o a las que en un plano más modesto han sembrado y siguen sembrando el amor y la ternura? La *mater ecclesia* –nos dice el autor– debe ser menos paterna y más materna, esto es, más comprensiva y amorosa y menos imperativa. ¿No ha habido en las sociedades protohistóricas matriarcados que según el criterio de J. J. Bachofen y otros antropólogos, etnólogos e historiadores de la cultura funcionaban mejor y más humanamente que los patriarcados surgidos más tarde?



También la juventud es uno de los temas clave del libro. ¿Cómo no iba a serlo si constituye el estrato social hoy más desorientado y más alejado de la Iglesia y del cristianismo, y por ello, más necesitado de asistencia espiritual, de consejo y de una tabla de valores capaz de contrarrestar el estado de alienación en que se encuentra? O dicho con las propias palabras del autor, fruto de su experiencia dialógica y convivencial con las nuevas generaciones: “La institución eclesiástica, tal y como de hecho está organizada y tal como se comporta, es uno de los impedimentos más serios con que tropieza la gente, sobre todo la mayoría de los jóvenes, cuando se trata de buscar y encontrar el sentido último de la vida”.

En un plano más general, García Maestro aborda *in extenso* y con todas las consecuencias, el tema siempre candente de la relación entre Iglesia y mundo. Su posición es también aquí clara como el sol: la misión de una eclesiología digna de este nombre y a la altura de los tiempos no puede ser otra que la de solidarizarse con la humanidad doliente, no sólo pero en primer término con los pobres y los que padecen hambre y sed de justicia. Pero debe hacerlo no en plan de ordeno y mando, sino a través del diálogo y aceptando a priori la legitimidad y las razones de sus interlocutores, trátase de las fuerzas seculares o de otras religiones. Sólo a partir de esta humildad podrá ser fiel a su catolicidad o universalidad y cumplir realmente su tarea evangelizadora. Capital en este aspecto es el diálogo interreligioso, una de las preocupaciones medulares de la teología de García Maestro, presente también en este estudio. Su cuerpo de doctrina es siempre muy personal, pero a la vez, muy acogedor y receptivo con el pensamiento ajeno, no sólo pero especialmente con el afín al suyo. También en este aspecto testimonia su vocación comunicativa o sentido de la comunión, que él, por lo demás, ensalza una y otra vez como la actitud sobre la que debe fundamentarse un cristianismo fiel a su significado original. Esta anchura de miras o generosidad intelectual le permite dar a los temas tratados por él una dimensión totalizante y sintética muy útil para el lector en busca de una visión de conjunto. Aparte de la vinculación de su teología a los principios y valores del cristianismo genético al que hemos aludido más arriba, su punto de referencia principal es el Concilio Vaticano II, en el que él ve, por muchas razones de peso, uno de los pilares fundamentales para la construcción –o reconstrucción– de una Iglesia a la medida de las necesidades del hombre y de la sociedad de nuestros días. Con este objeto se ocupa a fondo en explicar, por medio de ejemplos representativos, lo que este acontecimiento significó en su hora y lo potencialmente sigue significando para el futuro. Hay pasados tan tristes que expiran con ellos mismos, pero los hay que

perduran y siguen siendo futuro también cuando cronológicamente han finiquitado. Este es exactamente el caso del proyecto de radical renovación puesto en marcha hace algunas décadas por Juan XXIII y los teólogos unidos en torno a él, un legado al que García Maestro rinde cumplido honor y enriquece con su nueva aportación teórica.

Helena Saña

José Ramos Domingo, *La pintura religiosa del siglo XIX en España*, Universidad Pontificia de Salamanca, 2012, 151 pp.

El gran desarrollo del estilo barroco en España y su peso abrumador en el imaginario religioso explican, en gran medida, el silenciamiento y la escasa repercusión de las corrientes estéticas posteriores. Podría decirse que los historiadores del arte se han fijado de modo muy superficial en las expresiones religiosas del siglo XIX. La insuficiente perspectiva histórica para valorar el estilo, el aumento de la secularización, la caída en la producción de estas obras y el rechazo inconsciente a una estética afectada y romántica han hecho que la pintura religiosa de esta centuria sea prácticamente desconocida.

La obra *La pintura religiosa del siglo XIX en España*, escrita por José Ramos Domingo, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, y publicada por esta institución en 2012, trata de llenar ese vacío. En ella, su autor aborda con gran competencia teológica y artística las expresiones pictóricas de temática religiosa producidas en nuestro país desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX.

El estudio, que cuenta con excelentes ilustraciones, aborda en quince capítulos sin numerar los elementos configuradores y las particularidades de los distintos movimientos y estilos que se desarrollan en esta etapa. Se presentan cronológicamente desde el romanticismo hasta el inicio del movimiento realista. En sus páginas se vislumbra el peso de la Academia y su clasicismo a través de grandes figuras como Mengs, Balleu o Goya, pero también tienen cabida otros artistas y movimientos menos conocidos como los nazarenos, la pintura de historia y el costumbrismo. Cada sección se desarrolla a partir un análisis biográfico-artístico de sus autores. Ello permite, no sólo apreciar en su justa medida a pintores poco conocidos para la mayoría como Zacarías González, Vicente López, Antonio María Esquivel, José Galofre o Alejo Vera, sino, también, acercarse a la producción religiosa de pintores de gran calado como Julio Romero de Torres, Joaquín Sorolla o Picasso.

A lo largo de su discurso, el profesor Ramos expone las controversias generadas por la nueva pintura religiosa del XIX, las dificultades para normalizarla y los debates producidos tanto en el ámbito académico como en el popular. Así mismo, presenta las dificultades para clasificarla estilísticamente pues, tanto la producción de cada artista como las obras del conjunto, se caracterizan por el eclecticismo y por la semejanza con los estilos precedentes, pero con un aire, una pincelada, un uso del color y una afectación que las diferencia de ellos y les confiere una idiosincrasia propia.

La investigación de este tipo de pintura permite valorar otra realidad; la importancia que tienen los pequeños museos provinciales y catedralicios para la conservación y exposición de las obras de este período. Su existencia, que pasa, muchas veces desapercibida y sus fondos, no siempre valorados, albergan obras religiosas prácticamente desconocidas que es necesario difundir y que, junto a las conservadas en las colecciones particulares, dan cuenta de la riqueza y peculiaridades de la producción de este momento.

Los autores decimonónicos no han encontrado todavía críticos que valoren plenamente sus obras como fruto específico de un tiempo y una estética propias, sin infravalorarlas considerándolas un “barroco decadente” o una imitación y remedo de tiempos anteriores. Sin embargo, creemos que este estudio, aunque muy cercano a los planteamientos de J. Plazaola, es un excelente punto de partida para apreciar la realidad creativa del momento, la búsqueda de nuevos lenguajes y el pluralismo inherente a cada etapa artística. Desde una perspectiva teológica aporta, además, el imaginario religioso de una época concreta y visibiliza prácticas pastorales, oracionales y litúrgicas de gran importancia para el estudio de la espiritualidad de la época. La evolución en los temas y la descripción visual de los personajes es siempre un aspecto a tener en cuenta de cara a la construcción de una Historia de la Iglesia en España durante el siglo XIX. Por ello, *La pintura religiosa del siglo XIX en España* es una obra de gran interés tanto para estudiosos del arte como para teólogos preocupados por la historia, la praxis pastoral y la espiritualidad de ese tiempo y abiertos al trabajo interdisciplinar y al uso de fuentes alternativas para sus estudios. En esta edición se echa en falta una bibliografía final que complete el estudio.

C. Yebra Rovira

